

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.  
Publicada por la Universidad de Concepción.

---

---

Año XVII

Enero de 1940

Núm. 175

---

---

## Puntos de vista

### Tres figuras desaparecidas

**E**N los últimos meses del año que ha terminado y en los primeros días del nuevo, han fallecido algunos hombres de letras que habían logrado merecida fama por su saber y por la obra literaria que desarrollaron. Eran hombres que habían pasado con mucho el medio siglo de vida y pertenecían a una generación de la que quedan ya muy pocos sobrevivientes. Uno solo de ellos, el señor Silva Vildósola, en razón misma de la función periodística que desempeñaba, persistió en la tarea de escribir. Los señores Pedro N. Cruz y Juan Agustín Barriga, guardaban silencio desde hacía muchos años y nada se sabía de sus actividades literarias.

Don Pedro N. Cruz dejó, aparte de algunas novelas y cuentos de juventud, un libro denso de crítica literaria que tituló «Estudios sobre la Literatura Chilena». Era el primero de una serie que el señor Cruz no continuó. Poseía sin duda material para un segundo volumen, puesto que en algunos diarios había publicado largos artículos acerca de algunos escritores chilenos, pero nunca quiso resolverse a reunirlos para ese nuevo volumen que sus admiradores esperaron inútilmente. En el único tomo publicado hay una declaración que ilustra con creces acerca del método crítico del señor Cruz. Decía en el prólogo: «Los artículos recopilados por primera vez en estos volúmenes tienen doble objeto: estudiar a nuestros principales escritores en su aspecto literario y rebatirlos cuando atacan a la iglesia católica».

Esta declaración de principios no dejó duda alguna acerca de los procedimientos del señor Pedro N. Cruz. Desde luego tomó a los escritores liberales y les dió de varillazos. No aceptaba sino un sistema, el de sus complacencias históricas o críticas y lo demás le merecía serios reparos. Gozó fama de ser un crítico hosco y severo. Es probable que hubiera exageración en esto. Don Pedro N. Cruz, con su estilo uniforme, con su sobriedad áspera, dió ocasión para que las cosas que decía aparecieran más exageradas en el rigor crítico de lo que realmente eran.

Estaba dotado indudablemente de serias condiciones para el trabajo que había emprendido. Era hombre erudito en materias históricas, conocía bien a los autores chilenos y el ambiente en que se habían movido y no le eran extraños los métodos críticos de los europeos. Pudo haber realizado una obra considerable, si hubiera perseverado en la empresa. Pero abandonó tales disciplinas para entregarse a sus negocios personales. A Lastarria, a Bilbao, a Amunátegui, a Barros Arana, todos liberales, les dió fuertes puntazos con el filo de su pluma. Era un católico convencido y por lo tanto irreductible en su tarea de vapulear a los que estaban en contra de la doctrina católica. Esto le restó la necesaria imparcialidad a su sistema crítico, si bien sus páginas, muchas de ellas, están sembradas de observaciones y de atisbos de un subido interés para la historia de nuestras actividades críticas. No comprendía o no quería comprender el movimiento moderno en las letras y a muchos escritores jóvenes les aplicó sin contemplaciones, el rigor de su método analítico.

Don Juan Agustín Barriga, católico también, dejó su obra a medio hacer. Abandonó temprano sus actividades literarias y de él sólo nos queda un volumen de discursos académicos, que si revelan la alta calidad de un estilista no alcanzan a formar un todo orgánico en su obra breve. Fué un gran admirador de los recursos de la lengua castellana y la cultivó con extraordinario éxito en sus piezas académicas. Tenía el don del estilo. Si hubiera perseverado en su tarea habría llegado quizá a ser uno de los más altos representan-

tes de las letras nacionales. Poseía erudición, encanto en la prosa aunque no la había modernizado, precisión y elocuencia. En sus manos la pluma adquiría la nobleza de un cincel sabiamente manejado. Pero padeció también el mal de la inconstancia en la tarea intelectual, que es proverbial en nuestros ambientes. Abandonó las labores literarias cuando más vigorosa se mostraba su personalidad y dispersó sus energías en otros trabajos. Charlador infatigable dejó también en esta actividad fugaz todo cuanto en belleza sabía sentir y evocar. No queda de él sino un volumen de discursos y algunas notas críticas. Es probable que si se pudiera realizar una cosecha a través de la dispersión de revistas y diarios en los cuales hay mucho de lo que escribió, se podría componer un nuevo volumen con algunos artículos de un indudable interés, y marcados claro está con ese sello de la elegancia en el decir que fué una de sus más brillantes características.

Don Carlos Silva Vildósola, perseveró en la tarea porque el periodismo es como una rueda incansable de exigencia. Fué indudablemente uno de los más brillantes en la pléyade de escritores que llegaron al periodismo en los comienzos del siglo. Empezó su carrera como repórter, llegó a ser en gracia de sus méritos y preparación, por muchos años, Director de El Mercurio. Tenía una vasta cultura, un don singular de hacer grato el artículo de periódico y sabía manejar los problemas más complejos con claridad y sencillez agradables. A su lado se formaron muchas generaciones de periodistas. Medio siglo de la vida chilena con sus actividades más variadas, pasó por delante de las pupilas penetrantes de este hombre flexible cuya inteligencia dió vida al comentario cotidiano, en breves ó largas expresiones escritas que siempre cautivaron a sus innumerables lectores. Había comenzado como la mayor parte de los periodistas, escribiendo algunos cuentos y novelas o artículos de crítica artística. Pero arrastrado por una vocación irresistible, varió el curso de sus actividades y entró de lleno a formar en esta legión de los que a menudo suelen quedar sepultados bajo montañas de papel impreso, en esfuerzos anónimos y en artículos que sólo

durán unas horas. En don Carlos Silva Vildósola no ocurrió ese fenómeno, aunque son infinitos los artículos sin firma que se vió obligado a escribir, y que han quedado perdidos entre las páginas del diario en que trabajó con más asiduidad. Su cultura que era vasta y su inquietud intelectual permanente, tanto como su personalidad de periodista, le salvaron de quedar recluso en ese olvido que hemos insinuado, y que al mismo tiempo que es injusto es triste y doloroso. Los homenajes que le rindió la prensa de Chile, muestran con elocuencia, lo que significó en el periodismo nacional.

Atenea que carece de espíritu de bandería literaria y que ha demostrado su absoluta independencia en el enjuiciamiento de hombres y acontecimientos, ha querido rendir este homenaje a tres hombres de letras que militaron todos ellos en el campo de las doctrinas conservadoras.